

Paul Fournel

LA SOLEDAD DE ANQUETIL

Traducción de
Gabriel Cereceda

CONTRA

Anquetil tout seul

© 2012, Éditions du Seuil

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Gabriel Cereceda

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Junio de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2017, Gabriel Cereceda, de la traducción

© Derechos reservados, de la foto de la cubierta

© Roger Viollet / Getty Images, de la foto de la contracubierta

ISBN: 978-84-946833-3-6

Depósito Legal: DL B 14722-2017

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

«Cuando Geldermans me contó que Anquetil, en las cuestas, deslizaba siempre el bidón en el bolsillo trasero del maillot para aligerar la bicicleta, decidí fijarme con más detenimiento. Pude constatar que, en todas las fotografías de Anquetil en la montaña, el bidón estaba desde luego en el portabidón. Pero era una ilusión. La historia de Geldermans era la que contaba la verdad. Es la que habla al corazón del ciclista. Son las fotografías las que mienten.»

TIM KRABBÉ, *El ciclista*

«El agotamiento ciclista es una noción vana.»

ANTOINE BLONDIN

«Un reactor, una máquina IBM y un alambique.»

RAPHAËL GEMINIANI, *Les Années Anquetil*



Anquetil disfrutaba de la benevolencia de los vientos, la nariz afilada y el rostro de hábil espadachín le abrían el camino y el cuerpo entero se colaba detrás, hendiendo los mistrales, atravesando los cierzos invernales y los austros estivales. Se le notaba pálido, casi enfermo, indudablemente endeble, la mitad de un Van Looy, la tercera parte de un Altig. Tenía un perfil de medalla y, con aquel aspecto tan elegante, uno jamás habría imaginado que el torso era un barril que escondía la pólvora del motor más potente, que las piernas y los riñones doblados eran de látex.

Su pedalada era una ilusión. Expresaba la facilidad y la elegancia, expresaba el vuelo y la danza en un deporte de leñadores, de corredores que pedaleaban con rabia balanceando el cuerpo, de currantes, de masculino plural. Él pedaleaba de puntillas, rubio, flexibles los tobillos, curvada la espalda, en ángulo recto los brazos, dirigido el rostro hacia delante. Jamás hubo hombre mejor tallado que él para ir en una bicicleta, jamás este ensamblaje hombre-máquina fue más bello. Estaba hecho para ser visto solo en la carretera, recortado contra el cielo azul; en él nada recordaba el pelotón, la masa y la fuerza en unión, él era únicamente la belleza del ciclismo. «Durante mucho tiempo lo consideré un brujo que ha descubierto el Gran Secreto», decía de él Cyrille Guimard. Había cambiado, desde la primera

pedalada, la legendaria rudeza de los «esclavos de la carretera» por una forma de violencia inédita, algo elegante y secretamente brutal que sus adversarios iban a tener que sufrir sin poder imitarlo. Hay que añadir que Anquetil no hace muecas de esfuerzo, no enseña los dientes, no meneaba la cabeza. Es difícil de interpretar. Solo palidece, el rostro se arruga de manera imperceptible, los ojos se tornan de color gris claro. En lo peor de la prueba, cuando rueda a cincuenta kilómetros por hora, parece que lo ha vencido la tuberculosis.

Yo tenía diez años, era bajo, moreno y rechoncho, él era alto, rubio y delgado, y yo quería ser él. Quería su bicicleta, su aspecto, su indolencia, su elegancia. Había encontrado a la vez mi modelo y mi contrario. Los dos eran irreductibles. Desde luego, me quedaba mucho camino por recorrer.

Para Anquetil, lo esencial se juega en la soledad. No le gusta la carrera en masa, no le gusta hacerla bonita. Tiene que batir a sus adversarios; ni tiene que conocerlos ni jugar con ellos. Sus gregarios trabajan para que él gane y para ganarse la vida. Nada más. Hay cosas que hace solo y cosas que solo hace él y, en ambos casos, la soledad es su reino. Esta soledad no es solo una forma de abordar la práctica del ciclismo, es un modo de vida global, una forma de ser única, la marca profunda de su alma, se venda a Dios o al diablo.